

ENTORNO A LA MEMORIA

Roberto Merino

El desván del solitario

Por Cinthya Rinsky

Su libro "Santiago de memoria" agotó la primera edición. Se trata de crónicas acerca de un Santiago antiguo, plagado de anécdotas y datos curiosos, escritas con un lenguaje técnico y docto que nos devuelve a la pluma de Eduardo Bello.

Roberto Merino recorre con la mirada no sólo las calles del Barrio Brasil, Estación Central, la plaza Yungay, sino que reelabora el archivo olvidado de nuestra literatura. Como poeta realiza un experimento y se encierra por meses en un departamento de la Plaza Italia. El resultado es "Melancolía Artificial".

Sorprende en tu libro la combinación de observaciones personales con una gran cantidad de historias, información y anécdotas...

—En el libro hay dos instancias: los desplazamientos a veces impulsivos y ociosos, sin mayores motivos, y el encierro de quien se comunica con el mundo a través de lo que está a mano en su casa. Recuerdo que en la mía había un desván con revistas viejas del Domingo, Life, O Cruzeiro, París Match, diarios de la Segunda Guerra Mundial, revistas de 1910. Entonces, yo tenía una relación con el pasado a través de la actualidad, de la prensa, al mismo nivel que el presente. Para el tipo que está encerrado, no muy al tanto de los cambios puntuales e inmediatos, se le crea con esto una especie de realidad fantasmal.

También sorprende el lenguaje que parece sacado de otro tiempo...

—Tiene que ver con la situación de la infancia y primera juventud. En la casa donde viví hasta los 26 años y dónde también nació mi padre, había mucha vieja decoración, rústica, abuelita, muchas piezas, cada pieza un mundo propio. Desde ahí viene ese lenguaje.

¿Y realmente te pasabas todo el tiempo leyendo?

—Coincidió con el post golpe de estado con que hubo un repliegue hacia el interior. Ahí empezaron mis largos temporadas de encierro de revistas. Todas las décadas del siglo resumidas en estas publicaciones. También estaban los libros de mi abuelo, sobre todo los que podía entender, que eran los más periodísticos; Daniel de Vega con lo farandulero, de barrio; Jorge Dilleno, de quien Enrique Lihn decía que hacía una Hollywood de pacotilla pero tenía aura; y Eduardo Bello, con una inteligencia que siempre brilla y me sigue sorprendiendo todavía.

¿Recorriste el Santiago de aquellas crónicas?

—Eso me causaba una especie de abismo; la posibilidad de comprobar que los lugares descritos tan ostentosamente por Eduardo Bello existían, pero al mismo tiempo la vida se había extinguido en ellos. Esa condición propia de las cosas, de que las pasiones, los movimientos humanos, cuestiones que tienen un nivel de realidad tan intenso en un momento, pueden tener la calidad de fantasmas...

Debes haber sido un adolescente bastante raro.

—Cuando caminaba por la ciudad pensando estas cosas, me sentía un poco mal: veía a mis primos que se divertían del modo como había que divertirse, que conociendo a la gente que había que conocer, lo mismo en el colegio; estaba en el Instituto Nacional y no tenía amigos, salvo uno. Pensaba que era un problema mío, pero leyendo un anecdotario del colegio, un alumnado hablaba de que la convivencia en ese colegio de personas de todo tipo creaba una especie de individualismo a ultranza.

Hablarías de tus intereses con alguien...

—Fijate que eran secretos. No tenía ningún tipo de retroalimentación. Ya cuando tuve 15 años empecé a ir a talleres literarios, a conocer gente distinta con la que se podía conversar.

¿Qué leías?

—Cualquier cosa. Mi abuelo tenía libros curiosos más que buenos. Poetía un poco cursi, pero que lograba despertarme evocaciones, armarme paisajes melancólicos, traspassar las penas de amor. Me acuerdo que Rodrigo Lina (poeta fallecido) me hizo una caricatura en que yo aparecía manejando un triciclo de reparto donde llevaba el ajuar de mi abuelo con todos sus libros y yo iba mirando adelante, pero inclinado hacia el lado, porque los libros no me dejaban ver lo que había adelante.

PRIVACION DEL PAISAJE

Con este libro te planteas recuperar parte de la memoria de esta ciudad...

—Es injusto cortar con esa vinculación: partir de cero en todo momento; el modo de dar hasta la postura afectiva del mundo tiene que ver con lo que uno ha heredado, entonces, indagar sobre el pasado es también indagar sobre la situación de uno. Por eso interesa. Además, es injusto vivir una ciudad como si no tuviera historia cuando efectivamente la hay.

Aunque algunos se empeñen en destruirla.

—Sobre todo en estos tiempos en que lo nuevo tiene un prestigio innato. Lo nuevo por lo nuevo. Me decía un publicista que esto de ponerle nuevo a un producto es un paso mágico.

¿Eso siempre ha estado presente?

—Siempre. Por un lado los terremotos destruyeron la ciudad en varias ocasiones, pero a partir de 1847 se empezó a construir con más precauciones pensando que los terremotos ya eran un dato inevitable. Sólo que en el siglo XIX empezó un proceso de recambio ideológico permanente. En la segunda mitad del siglo, las nuevas formas surgidas de la minería empezaron a sentir una repulsión hacia el oscurantismo de la vida colonial y se construye una ciudad con modelos europeos. Después, esas mismas construcciones pretenciosas de los mineros fueron devaluadas en la opinión de la gente que tomaba las decisiones urbanas y en los años 30 la vuelven a destruir. Había una confianza infantil en las modas, lo que redundó en eliminar lo que ya se había construido como Santiago.

Tu cuentas que grandes obras fueron construidas por el placer de los aristócratas...

—Eso fue clave. Por un lado no había ninguna planificación del Estado y por otro, existía esa tendencia aristocrática del donativo, ese afán de dejar cosas para la ciudad. Además, la gente que tenía plata construía dentro de la ciudad. Sus mansiones eran parte del paisaje urbano. No había esa tendencia a la fuga que existe en estos momentos donde la gente se va a vivir a los lugares más aislados. Finalmente, la ostentación era un bien público. Por lo tanto había ciudad. Ahora, hay suburbios que tienen gran valor para la gente que vive ahí, pero para la ciudad, ninguno.

¿Qué imagen usarías para describir Santiago?

—Es una ciudad hecha de parches, una ciudad curada. Lo injusto de todo esto es que uno no reclama es por de una utopía, sino que reclama por una ciudad que existió. Hubo un momento en que Santiago fue pequeña, bonita, coherente. Esa es la injusticia mayor.

18-J-1998

CRONICAS DEL DOMINGO

El Diario Austral, Temuco

El desván del solitario [artículo] Cinthya Rinsky.

Libros y documentos

AUTORÍA

Autor secundario:Rimsky, Cinthya

FECHA DE PUBLICACIÓN

1998

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El desván del solitario [artículo] Cinthya Rimsky. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile